

Un «suicidio» para armar

Un pueblo disciplinado, organizado y consciente es, junto a la limpia lealtad de las Fuerzas Armadas y de Carabineros, la mejor defensa del Gobierno Popular y del futuro de la Patria.

Salvador Allende, discurso del 1 de Mayo de 1971, en la Plaza Bulnes de Santiago de Chile.

Y tienen la fuerza, podrán avasallar, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza.

Salvador Allende, discurso del 11 de septiembre de 1973, a las 9.15 horas, en el Palacio de La Moneda, Santiago de Chile.

Eran seis o siete minutos después de las dos de la tarde del día 11 de septiembre de 1973. Una patrulla de penetración de la Escuela de Infantería de San Bernardo, al mando de un capitán, irrumpió, cubriéndose con una cortina de ráfagas de fusiles FAL, en la parte superior de la escalera principal del Palacio de la Moneda, llegando hasta la entrada del Salón Rojo. Una vez allí, a través de la densa humareda provocada por el incendio de una parte del edificio y las explosiones de bombas lacrimógenas, granadas de cañones sin retroceso de 75 mm y de cañones de tanques Sherman, el capitán de la patrulla de penetración vio a tres o cuatro civiles que, con subametralladoras, trataban de enfrentarse al ataque militar. El capitán disparó su arma automática defectuosamente, soltando el gatillo de inmediato. Una de las tres balas percutadas dio en el estómago de uno de los civiles. Un soldado de la patrulla de penetración también disparó. Impactó en el abdomen del mismo civil, ya herido

en el estómago. Sólo en ese instante reaccionó el capitán de la patrulla, reconoció al civil que yacía en el suelo, retorciéndose de dolor, y lo acribilló con una ráfaga de su fusil ametrallador. «¡Cagamos al Presidente!», gritó el capitán, mientras saltaba hacia la escalera de entrada huyendo del fuego que disparaba un grupo de civiles combatientes que habían irrumpido en el Salón Rojo desde una puerta lateral, cuando Salvador Allende caía muerto acribillado por el fuego de la patrulla de la Escuela de Infantería. El capitán y parte de sus soldados corrieron por la escalera principal hacia el primer piso, perseguidos por los civiles que defendían el Palacio de la Moneda.

Sólo 40 ó 50 minutos más tarde, las fuerzas de la Escuela de Infantería, del Regimiento Tacna y del Regimiento de Blindados Número 2, lograron eliminar la resistencia de las 32 personas sobrevivientes del grupo que había defendido la sede presidencial durante cinco horas. Todo el segundo piso del edificio fue ocupado por las tropas invasoras. El primer piso ya estaba en sus manos desde una hora y media antes.

El jefe de las tropas invasoras, general de brigada Javier Palacios Ruhman, flanqueado por el capitán Roberto Garrido y su patrulla de penetración, entró al Salón Rojo, se inclinó sobre el cadáver de Salvador Allende Gossens, retiró una ensangrentada bandera chilena que los civiles defensores habían puesto sobre el cuerpo aún tibio del Presidente de Chile tras rechazar la patrulla del capitán Garrido y, volviéndose hacia éste, le dijo:

—Hay que aislar este salón, que nadie más entre, que nadie vea el cadáver del Presidente... Comuníqueme con el Cuartel General de la Comandancia. Con el general Pinochet.

«Atención Puesto Uno... Atención Puesto Uno... Aquí unidad de combate "alfa uno"... General Palacios solicita hablar con general Pinochet.» El jefe de las fuerzas de ataque, destrucción y arrasamiento del Palacio de la Moneda, Javier Palacios, tomó el auricular del equipo de telecomunicaciones de la patrulla de penetración y con voz seca, precisa, dijo:

—General Palacios a general Pinochet... Misión cumplida. Moneda tomada. Presidente muerto...

—¿Cómo está el cadáver? —preguntó el comandante en jefe.

—Destrozado.

—Que nadie lo vea... espere instrucciones.

Faltaban pocos minutos para las tres de la tarde del 11 de septiembre de 1973. A las seis de la mañana de ese mismo día, los altos mandos de todas las fuerzas armadas chilenas, que mo-

